



**TEMA 8**

# **El Sacerdote, animador Espiritual en JMV**

**P. Félix Villafranca, cm.**

## 1 - AMBIENTACION

Realizar de modo adecuado la misión de animador espiritual exige, hoy más que nunca, situarse en el contexto sociocultural y eclesial en el que vivimos, conocer vitalmente los condicionantes y las fuerzas pulsoras de las personas, jóvenes y adultos, a las que va dirigida nuestra acción pastoral.

Este conocimiento vital requiere haber contrastado con la experiencia pastoral del día a día, lo que ha aprendido en los libros: haberse introducido en distintos ministerios pastorales, haber compartido experiencias de servicio, haber acompañado a los jóvenes en su búsqueda de sentido de la vida...

Es igualmente indispensable tener una idea clara de lo que implica la tarea de «animación espiritual» de los jóvenes en nuestro momento actual. Sor M.<sup>a</sup> Luisa Rueda resume muy bien estas implicaciones en el Tema 7, página 4. Hay que subrayar que la animación de un movimiento con un carisma propio, como el de JMV, exige su propia impronta.



## 2 - EL SACERDOTE ANIMADOR



### 2.1. Identidad personal

#### *a) Fe sencilla y profunda*

El sacerdote como animador ha de estar adornado de una Fe sencilla, casi contagiosa. La Fe del que sabe asumir las realidades y aspiraciones de los hombres e integrarlas en el proceso de búsqueda de Dios. La Fe del que, sabe que ante los vaivenes y dificultades de la vida, no está solo: se siente fuerte en Aquel que lo aúpa y lo levanta por encima de sí mismo, se siente arropado por una comunidad eclesial viva.

Pero a la vez, una Fe profunda no bamboleada por las corrientes ideológicas del momento; una Fe que se asienta en la tradición y el magisterio permanente de la Iglesia, que se oxigena, y se remueva en la lectura continua de las nuevas líneas teológicas serias y de garantía.

#### *b) La oración de cada día*

El antiguo imperativo de perfección cristiana «ora et labora» adquiere hoy una dimensión y una exigencia nueva. En un mundo en el que sólo se valora lo material y contingente, la oración del creyente aparece como una brisa liberadora, como una autoafirmación del hombre en su ser más profundo. La oración del sacerdote es como su pan de cada día, como la salsa que da sabor y color a su quehacer apostólico. Fuerza en su debilidad y limitación; luz en sus dudas y titubeos; experiencia viva del Dios que anuncia a sus hermanos.

Tanto más apremiante es la oración de cada día cuanto más pegajosa es la tentación del activismo, de los organigramas y de las reuniones de todo tipo...

La oración de cada día del sacerdote hace viva y lúcida la presencia de Dios en su vida, le une más fuertemente a Cristo y a su Iglesia, y le hace sentirse continuador de la misión de Jesús en la construcción del Reino.

Entregado a una actividad absorbente en el ejercicio de su ministerio, difícilmente podrá superar la imagen de un «*funcionario religioso*», si no encuentra espacios adecuados para una relación esponjosa con Dios.

La oración diaria catapulta al creyente y al sacerdote, en particular, por encima de su propia estatura intelectual y moral: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta». «Dadme un hombre de oración y será capaz de todo». «La calma y paz interior que fluye de la oración, dice Alexis Canel, tiene un poderoso valor terapéutico».

«Testigo es el hombre que vive de tal manera que su vida es un absurdo si Dios no existe».

Cardenal Suhard

### c) *Testigo*

En nuestro mundo saturado de medios de comunicación, la palabra desnuda, incluso la imagen, han perdido su valor original; sólo cuenta la vida, los hechos palpitantes, las opciones radicales, por algo y por Alguien.

Ser testigo en el mundo de hoy exige el sacerdote una coherencia de vida: armonía entre lo que acepta y predica, desde la fe, y su praxis diaria.

Ser testigo exige valentía y decisión para remar contra corriente, siempre que sea necesario y, a la vez, ojos limpios, lucidez y equilibrio interior para asu ir e integrar en la vida de fe las nuevas <, arrien- tes ideológicas y las formas cambiantes de vida de nuestra sociedad.

Ser testigo exige ser permeable a las alegrías humanas y a las conquistas de la ciencia, compartiendo gozosamente lo que de positivo entrañan para la vida de los hombres y, a la vez, ser roca inexpugnable ante aquellas novedades y actitudes sociales que chocan frontalmente con los valores evangélicos.

Ser testigos es ser portador de ilusión y esperanza en un mundo cargado de angustias y vacíos existenciales, saber discernir el lado positivo de las cosas, saborear en medio de las sombras y zozobras de este mundo la presencia callada y fuerza transformante del Espíritu.

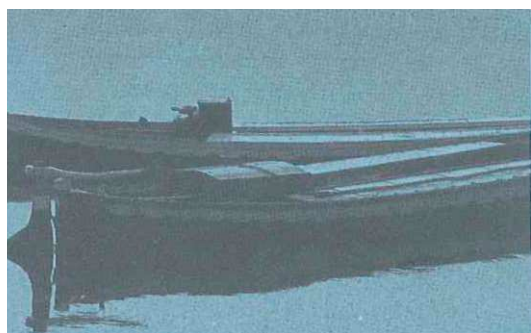
Ser testigo es sentirse fuerte en su debilidad, limitado y pobre en sus posibilidades, identificado plenamente con su misión evangelizadora, imagen viva de Cristo que muriendo nos da la vida.

«Atestar es comprometerse en lo que se afirma hasta tal punto que la negación del objeto atestiguado equivaldría a la negación de sí mismo».

A. Fierro

#### *d) Educador de la Fe. Animador*

La encarnación de la Fe de nuestros jóvenes hay que situarla en unos parámetros socioculturales bien distintos de los que hemos conocido en nuestra propia juventud. Se ha producido en los últimos años un fuerte desplazamiento de puntos de referencia, a la hora de valorar la calidad de la Fe de los jóvenes: de lo



dogmático a lo vivencial, de lo ritual al compromiso social, de lo legislativo y normativo a la opción libre responsable, de la autoridad vertical al diálogo y a la participación solidaria.

Una excesiva insistencia en lo dogmático y, sobre todo, un marcado legalismo e inflexibilidad en la aplicación de la moral cristiana ha llevado a la juventud creyente de hoy a adoptar actitudes, a primera vista, antagonistas con el mensaje cristiano; al menos, para ser más precisos, con la doctrina tradicional de la Iglesia. Para interpretar correctamente este fenómeno hemos de tener en cuenta que el joven creyente de hoy, en general, se desentiende de lo dogmático, ni lo afirma ni lo niega, simplemente se interesa por lo vivencial, por lo concreto y práctico. En cuanto a lo moral, reclama, ante todo, un espacio de libertad para la propia experiencia, un campo de acción más extenso para las opciones libres responsables, una mayor participación en lo legislativo... Lo cultural y sacramental deja de ser el primer centro de referencia para medir la fidelidad a la Fe: este centro se desplaza hacia el compromiso humano- cristiano, la lucha por las reivindicaciones sociales, etc. Es frecuente entre los jóvenes confesarse creyentes convencidos y declararse, a la vez, en abierta oposición a la Iglesia-Institución.

Hoy el Educador de la Fe tiene que ser, ante todo, un animador. Esto supone un inmenso respeto al joven, con su personalidad y características propias, a su pasado, a sus ideas y proyectos de vida... La tarea primordial del Educador de la Fe, o animador, consistiría en posibilitar al joven caminos hacia la perfecta comprensión del mensaje cristiano en su integridad, no exclusivamente en lo cultural y legalista. Las impacencias y precipitaciones, la palabrería excesiva... no sólo hacen perder

puntos al educador en la estima de sus educandos sino que restan eficacia a su labor. El silencio respetuoso, la espera comprensiva, la apertura al diálogo sin tabúes ni ideas hechas, la disponibilidad incondicional y, sobre todo, la vida testimonial constituyen el carnet de identidad del buen Educador de la Fe en nuestros tiempos.

La educación de la Fe de nuestros jóvenes se orienta, hoy más que nunca, sobre este trípode: *Formación-celebración-compromiso de vida*. Si falta uno de estos elementos o existe una excesiva preponderancia de uno de ellos se resquebraja el ensamblaje y, al final, hará agua el edificio o simplemente se desplomará.

Todos los que tratamos con jóvenes somos conscientes del escaso bagaje de cultura religiosa de la juventud actual, incluida la que pasa por los colegios religiosos. Habrá que cuidar con esmero esta formación religiosa en nuestras reuniones ordinarias, en las convivencias especiales, en los tiempos y encuentros fuertes. Y habrá que cuidar, tanto o más que los contenidos, el ropaje, los métodos y las formas en los que se presentan. Si la presentación del mensaje no tiene «mordiente» juvenil habrá caído, en buena parte, en el vacío. Y sin contenidos ni ideas fuertes, la Fe de nuestros jóvenes deambula al son de lo emotivo o de la afectividad grupal, y al primer vendaval se cae.

La celebración festiva de la Fe es una exigencia de la vida y de la Fe misma: se celebra lo que se vive en profundidad, lo que se goza interiormente. Para los jóvenes la «movida», la fiesta, es una exigencia vital.

Habrá que poner especial cuidado en las celebraciones juveniles: crear ambiente de auténtica fiesta del Espíritu, dejar espacios a la espontaneidad, estimular la creatividad, moderar las expresiones sentimentales y afectivas..., y todo ello encuadrado en un contexto de dignidad cultural, aunque no tenga que ser sometida a los rigorismos litúrgicos de los especialistas.

El compromiso de vida es la coronación de la obra, el puerto de aterrizaje del Proceso de Educación de la Fe, que mantiene siempre abiertas las señales de despegue para emprender nuevos vuelos; porque el compromiso de vida embarca ininterrumpidamente al joven a nuevos procesos de maduración de su Fe, hasta la total identificación con Cristo que se da todo a todos y entrega su vida como expresión suprema de fidelidad a la misión que el Padre le ha confiado de construir el Reino.

El animador estará muy atento, acompañará de cerca a aquellos jóvenes que se perciben como más sensibles y permeables a las llamadas fuertes de Dios. Les animará a no tener miedo, los estimulará a ser cada vez más consecuentes con su Fe, les empujará a dar pasos cada vez más decididos. Y, llegado el momento, con profundo respeto a la libertad y a la idio-sincracia del joven, sin coacciones de ningún tipo, les hablará de la opción radical por Cristo y por la Iglesia en la vocación sacerdotal y religiosa. Es en estos momentos cuando la ilusión y la esperanza del sacerdote animador, su total identificación con su sacerdocio y con su misión pastoral jugarán un papel de primera magnitud.



## **2.2. Actitudes y aptitudes generales**

### *a) Fidelidad a la misión*

El sacerdote animador debe ser consciente de que no actúa por su cuenta, es enviado por la Iglesia a su misión evangelizadora, en el campo determinado que se le confía. A parte de ser fiel transmisor del mensaje evangélico deberá tener en cuenta las peculiaridades del grupo o movimiento donde realiza su misión.

«Para que la misión que le confía la Jerarquía produzca frutos debe —y estas son condiciones, sine qua non— ser capaz de insertarse en cuanto sacerdote en la Asociación, colaborar, con respeto y fidelidad, con los responsables laicos; comprender los objetivos, los programas y la pedagogía de la Asociación, enmarcándolas en el contexto de la misión de la Iglesia; prestar una atención especial en el plano pastoral, al ambiente social donde actúa la Asociación»<sup>1</sup>.

### *b) Hermano, padre y guía espiritual*

El sacerdote animador debe sentirse con un «hermano entre los hermanos», superando los viejos esquemas clericales. El bautismo colma a todos los fieles del mismo Espíritu y hace que surja un vínculo espiritual que convierte a todos los creyentes en hermanos y hermanas.

Pero, al mismo tiempo, el sacerdote debe ser pastor y padre de sus hermanos, confidente y guía espiritual. «Soy yo quien os he engendrado en Cristo Jesús, mediante el Evangelio» (1 Cor 4,15).

El sacerdote, por tanto, participa con celo y alegría en la comunidad, pero sin olvidar que tiene una responsabilidad insustituible<sup>2</sup>.

Esto requiere del sacerdote dedicar amplios espacios a la escucha personal de los miembros de la Asociación, acompañándoles en sus luchas y dificultades, animándoles en sus decaimientos y en sus deserciones.

---

<sup>1</sup> (Folleto «Los sacerdotes en la asociación de fieles», Pontificio Consejo para los laicos, pág. 34).

### c) *Artífice de unidad*

El animador debe ser siempre creador de vínculos de unidad, entre los miembros del grupo local, entre las secciones locales, regionales y nacionales, incluso entre las distintas asociaciones dentro de la Iglesia.

El sacerdote animador hace que «la Asociación tome conciencia de las orientaciones pastorales de la Iglesia, como también de los cometidos y de las preocupaciones principales de los Pastores en los que se inspirará para fijar sus programas y sus actividades, cuidando de que la Asociación se inserte en la pastoral orgánica, de acuerdo con sus características y sus fines propios. De esta forma huirá del aislamiento y de la autosuficiencia»<sup>3</sup>.

El sacerdote animador, de forma visible, hace de puente entre la Iglesia Universal y la Asociación<sup>4</sup>.

### d) *Ministro de la Palabra y de los Sacramentos*

Como Educador de la Fe, el sacerdote animador es, ante todo, el Ministro de la Palabra y de los Sacramentos.

«Al anunciar el Evangelio el asesor eclesiástico debe garantizar una verdadera Educación de la Fe respetando su integridad, el conjunto de las verdades sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre, verdades que están indisolublemente unidas entre sí.

Y este respeto concierne tanto a la formación intelectual como al comportamiento y a la acción. Por tanto, el asesor será dócil al Espíritu de Dios manifestado en el magisterio de la Iglesia, y del cual es intérprete ante la Asociación; se esforzará, pues, por seguir las orientaciones del Concilio Vaticano II, evitando que la Asociación se deje manipular sin discernimiento "por cualquier viento de doctrina" (Ef 4,14), inspirada por la mentalidad del mundo»<sup>5</sup>.

«En cuanto ministro de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía, el asesor religioso, cuidará de que los miembros de la Asociación reconozcan en ella la acción de Cristo, y en particular, de que esta acción sea cumbre y fuente de la vida de la Asociación»<sup>6</sup>.

Una larga experiencia pastoral aconseja revitalizar el sacramento de la Reconciliación entre los jóvenes. Para lograr esta revitalización se hace imprescindible presentar una nueva imagen de este sacramento: vuelta a la casa del padre, encuentro de amistad y proyecto nuevo de vida..., son algunos de los elementos significativos de esta nueva imagen.

Y, desde luego, se hace imprescindible si se quiere facilitar la práctica de este sacramentó, por parte de los jóvenes, dedicar amplios espacios de tiempo al diálogo con ellos. Los jóvenes no se confiesan, «*dialogan*», o simplemente «*hablan*».



### 2.3. Actitudes particulares referidas a JMV

#### a) *Conocedor del contenido y de la dinámica de la Asociación*

El sacerdote animador de JMV, no sólo ha de ser capaz de transmitir el mensaje evangélico y el contenido particular de la Catequesis, aunque no sea él el catequista ordinario del grupo, sino también de crear un ritmo catecumenal sin falsificar lo que se pretende con el Proceso del que se responsabiliza.

#### b) *Capacidad de sintonizar con los miembros de la Asociación de la que es Animador*

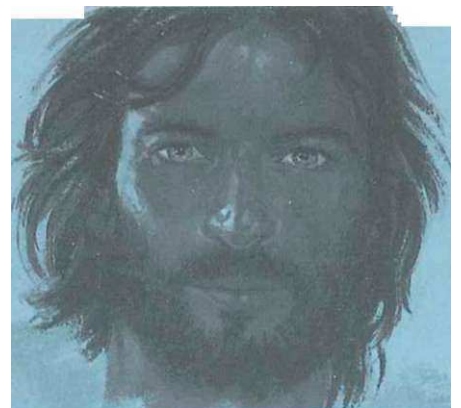
La eficacia del animador depende de la capacidad de adaptación a la situación de los asociados. Sintonizar con ellos es ser capaz de conocer y comprender sus centros de interés y sus aspiraciones, su forma de expresarse y comportarse. Sólo entonces se puede orientar y educar su Fe desde su propia vida, de forma asequible y aceptable.

#### c) *Sentido de apertura y acogida*

El animador tiene que ser una persona capaz de compartir, de acoger, de dialogar y de suscitar la búsqueda, de manera que sintiéndose como un miembro más de la Asociación y estando siempre dispuesto a escuchar y recibir, puede crear la comunidad interna y orientar, ayudando y animando desde dentro.

#### d) *Amor y confianza en el joven*

Esta actitud es fundamental a la hora de establecer cualquier tipo de relación constructiva entre el joven y el adulto. Es imprescindible partir de este presupuesto a la hora de planificar una acción pastoral sólida con los jóvenes de cualquier ámbito o denominación. El sacerdote animador espiritual de JMV tendrá bien grabado este principio en su mente y en su corazón.



Numerosos sondeos han puesto de manifiesto que de ninguna cosa tienen más necesidad los jóvenes de hoy que de amor y comprensión. La industrialización acelerada y sus secuelas inmediatas, las concentraciones urbanas con sus imperativos concomitantes, horarios laborales apretados, trabajo de la mujer, etc., ha sido un factor determinante de la profunda transformación que se está operando en las relaciones familiares. En el ritmo de la vida moderna apenas queda espacio para una relación auténticamente humana entre padres

e hijos. El primer sentimiento de soledad y de incompreensión los experimenta el niño en su propia casa. Más tarde, ese niño, a medida que crece en edad va tomando conciencia de sí mismo y de su mundo: el sentimiento de soledad se acentúa, precisamente en los momentos en que más necesitaría de la comprensión y del diálogo paterno; esta soledad, unida al conflicto ideológico de generación, da lugar al sentimiento de orfandad latente en una buena proporción de los niños y jóvenes de hoy.

Por otra parte, el joven sólo encuentra en el mundo adulto que le rodea recelos y prevenciones, no una actitud de confianza y de abierta franqueza. Hay adultos que son sistemáticamente hostiles a los jóvenes por el hecho de ser jóvenes. En el mejor de los casos, una buena proporción de adultos es más proclive a ver, incluso a exagerar, los vicios estereotipados de los jóvenes, que sus valores reales, que minimizan o simplemente obvian.

Contrasta esta actitud del adulto frente al joven con la actitud de los jóvenes entre sí. El joven encuentra en el grupo de jóvenes al que se acerca acogida, comprensión, calor humano, sintonía de pareceres, actitudes, comportamientos e inquietudes. Y, por encima de todo, el grupo significa para el joven la posibilidad de realizar al máximo el sentido de la fiesta vital que lleva dentro. Esto explica la eclosión de grupos y entidades juveniles de todo tipo que surgen en nuestros días. Si el grupo tiene categoría humana, el joven habrá encontrado en él el espacio más adecuado para realizar su personalidad y sus sueños. La confianza que se le ofrece libera al joven, le ayuda a descubrir sus profundidades, a encontrarse a sí mismo en su yo más noble.

Una larga «marcha» con jóvenes de todo tipo me ha hecho constatar que existe una marcada diferencia entre los jóvenes que han pasado por una experiencia de grupos y los que no han tenido esta posibilidad. El sentido de acogida y de sensibilidad hacia el otro, la capacidad de escucha y de diálogo, la creatividad, la prontitud para el servicio, la predisposición a compartir... son notablemente superiores en los primeros. Y todos éstos son valores evangélicos en sí mismos. Si se les encuadra en un contexto de búsqueda de Dios y de expresión de Fe en ese Dios que es amor, estaremos aproximándonos al ideal.

Difícilmente puede encararse hoy una planificación seria de pastoral juvenil sin una buena estructuración de grupos juveniles. Nuestra asociación de Juventudes Marianas Vicencianas está en una situación privilegiada para dar respuesta válida a tantos jóvenes de buena voluntad que buscan caminos nuevos para llenar de sentido sus vidas. A nosotros, animadores y responsables adultos, nos toca estar a la altura de las circunstancias, y el sacerdote animador es el primer eslabón de la cadena, la primera mano tendida que ensambla el grupo. Debe sentirse humildemente orgulloso de la nobleza de su misión pero, a la vez, serenamente consciente del peso de su responsabilidad.

## **3 - IDENTIDAD DE JMV**



### **3.1. Ambientación**

Queda suficientemente claro que la misión de animación espiritual de cualquier agrupación juvenil debe estar enmarcada en el contexto de las coordenadas socio- culturales y religiosas de los jóvenes de hoy. Nos queda subrayar que la animación de un grupo como JMV debe desenvolverse en la línea de la más exquisita fidelidad a su ritmo catecumenal y a sus principios constitutivos.

Podrá haber circunstancias particulares que aconsejen demorar el comienzo del Proceso Catecumenal, incluso podrá haber situaciones que hagan aconsejable encaminar a nuestros jóvenes hacia otro tipo de asociación: la Iglesia es grande y en ella caben todas... Pero, una vez iniciado el Proceso Catecumenal de JMV, e inscritos en los libros de pertenencia a la Asociación, hemos de mantenernos escrupulosamente fieles a sus directrices. Lo contrario es introducir elementos corrosivos, destructores de la unidad y de la buena marcha del movimiento.

Como se supone que los destinatarios de este modesto documento son suficientemente conocedores del Proceso Catecumenal de JMV y de las directrices de la Asociación, me limitaré a resaltar aspectos que me parecen importantes de sus notas constitutivas.

### **3.2. Elementos constitutivos o notas características de JMV**

Nuestro movimiento-comunidad JMV está sustentado por cuatro notas o características fundamentales: es un movimiento eclesial, mariano, misionero y vicenciano.

#### *a) Comunidad Eclesial*

Insertos en la vida parroquial, en sintonía con la planificación diocesana, pero marcados por nuestro propio carisma mariano y vicenciano.

No hacemos ghetto, ni grupos paralelos, tampoco somos francotiradores; nuestro pertenecer a JMV nos hace sentirnos más Iglesia y nos da una nueva sensibilidad y coraje para trabajar por el Reino de Dios.

Nuestra maduración en la Fe, que tiene como meta final la perfecta identidad con Cristo, nos hace madurar paralelamente en nuestra búsqueda de identidad con la Iglesia, sin renunciar a nuestro sentido crítico constructivo.

#### *b) Comunidad Mariana*

Sin pietismos ñoños, sin infantilismos ni sentimentalismos trasnochados, nuestro distintivo mariano nos compromete ante todo

a tomar a María como modelo e incentivo de nuestro actuar cristiano.

Entendemos que la mejor devoción a María pasa por la imitación de sus virtudes fundamentales: Fe, Esperanza, Amor, Entrega, Fidelidad, Espíritu de Oración...

Ella es para nosotros, ante todo, la primera discípula y más fiel seguidora de Cristo.

Pero, nuestra piedad filial hacia ella nos exige también, como sello y seña de nuestro amor, un culto esmerado, fundamentado en actitudes evangélicas e inspirado en la orientación de la Iglesia respecto al culto litúrgico-mariano. Este culto especial a María, queda reflejado en la manera de celebrar las principales fiestas mañanas a lo largo del año litúrgico: Milagrosa, Inmaculada, Asunción, Mes de mayo, etc...

### *c) Comunidad Misionera*

Es una vertiente esencial de nuestro cristianismo; ser cristiano es ser misionero. El pertenecer a JMV nos urge a tomarnos más en serio esta realidad.

Los miembros de JMV realizan su «misión» desde diferentes alternativas que se complementan entre sí: el testimonio de su propia vida cristiana, la catequesis en parroquias y barrios humildes, la visita y servicio a enfermos, minusválidos, pobres, etc.... También mediante la solidaridad y colaboración con los misioneros, campañas misionales, etc. ...

El sentido misionero cristaliza, cada día con más fuerza, en interrogantes y compromisos del más estricto sentido misionero: campañas de evangelización en zonas rurales, experiencias misioneras, intentos de compromisos misioneros seculares durante determinado tiempo, etc. ...

### *d) Comunidad Vicenciana*

JMV no es un movimiento vicenciano simple y exclusivamente por el hecho de estar confiado a la dirección de la doble familia vicenciana, sino, ante todo, por estar marcado por el espíritu de Vicente de Paúl, cuyo elemento específico es el servicio incondicional a los pobres, allí donde se encuentren.

Este sentido de servicio al pobre para ser realista y auténticamente evangélico, nos exige un compromiso efectivo por la justicia, por la promoción del hombre a su dignidad de persona, por la mejora y transformación de las condiciones de vida de nuestro entorno, a nivel social, cultural, moral y religioso.

El carisma vicenciano de total-disponibilidad y apertura al pobre nos impele a revisar, periódicamente, nuestras actitudes y opciones personales, nuestros modos prácticos de actuar y de pensar. No se puede servir en espíritu y en verdad si no se vive como pobre, si no se tiene una actitud permanente de desprendimiento y de compartir con el otro lo que se es y lo que se tiene.

## **4 - JESUS MODELO DE ACOMPAÑANTE-ANIMADOR**

Es obligada la referencia a Jesús a la hora de lanzarse a la gozosa, pero, a la vez, ardua y espinosa misión de animar nuestros grupos juveniles de JMV. El sacerdote animador hará bien en mirarse frecuentemente en su espejo: es precisamente la imagen de Jesús de Nazaret la que el sacerdote animador tendrá que reflejar a sus jóvenes, y a todas aquellas personas que entren en la órbita de su acción catequética v pastoral.

Remito a la concisa reflexión de Sor M.<sup>a</sup> Luisa Rueda en torno a este punto: ver Tema 7, página 10.